

La ayuda mutua en las comunidades de pescadores artesanales de México.

María Graciela Alcalá Moya

Centro de Investigaciones y Estudios Superiores
en Antropología Social, Unidad Sureste.
San Cristóbal de las Casas, Chiapas, México

Basándose en su propia descripción etnográfica de las prácticas de ayuda mutua que identifican a los pescadores artesanales de México y a sus familias, la autora encuentra y analiza los mecanismos de reciprocidad que se gestan entre aquéllos en tres espacios fundamentales para la socialización de este grupo humano: la vivienda, el vecindario y la embarcación.

Sugiere también que es a través del ejercicio de la ayuda mutua —fincada en relaciones de reciprocidad y de solidaridad— que estos pescadores logran sobrevivir a pesar de ser uno de los grupos sociales más desprotegidos de aquel país.

Introducción ¹

Los pescadores artesanales constituyen en México uno de los grupos más pobres y desprotegidos de la población. La precariedad de sus condiciones de vida se manifiesta en sus chozas, de techos de palma, bajareque ² o lámina de cartón con piso de tierra (que en los municipios costeros constituyen el 30% de las casas-habitación), y en sus pueblos, que carecen por lo general de varios de los servicios públicos más elementales (agua potable, drenaje, pavimentación, servicios médicos, etc.).

Su trabajo resulta especialmente arriesgado debido a las condiciones en las que lo efectúan, pues aunque pescan en la zona marina ribereña, lo hacen en frágiles embarcaciones de quince o veinte pies de eslora, equipadas con motor fuera de borda y carentes de instrumentos de navegación. A esto habría que añadir que la mayoría de los pescadores no saben nadar ni utilizan equipo de salvamento, y que no hay guarda-

¹ Agradezco profundamente el empeño de Luis María Gatti —fallecido en 1990— por mostrar la cara oculta de los pescadores artesanales de México a los mexicanos; la colaboración y el apoyo de Juan Pedro Viqueira en el esfuerzo de ir hilvanando experiencias y aprendizaje para reformularlos coherentemente; la atención y el esmero puestos por Mario H. Ruz en la lectura del manuscrito y en la configuración de su sentido.

² Pared de palos entretrejidados con cañas y barro.

costas suficientes como para patrullar todos los kilómetros cuadrados de aguas territoriales mexicanas.

Para enfrentar tanto dicha precariedad como los riesgos propios del oficio, los pescadores artesanales han creado ingeniosos sistemas de ayuda mutua, flexibles y diversificados. Aunque estos sistemas son el fundamento de sus comunidades, casi no han sido estudiados.³

En este artículo pretendo mostrar algunas de las manifestaciones más evidentes de aquellos sistemas en tres ámbitos privilegiados para observar la vida del pescador y la de sus comunidades: la casa, el vecindario y la embarcación. El artículo versa sobre la ayuda mutua y la reciprocidad que se gestan y desarrollan al interior de los grupos domésticos de los pescadores, cuyo espacio vital de acción es la casa, la vivienda; sobre esos mismos principios recreados a nivel del vecindario o del barrio de pescadores, y en la embarcación, en donde éstos viven gran parte de su tiempo de trabajo. Finalmente dedicaremos unas líneas a la fiesta del Día de Muertos entre los pescadores artesanales de la costa del Golfo de México durante la cual toda la comunidad reafirma simbólicamente y de hecho la base socialmente aceptada de su convivencia: la reciprocidad.

Los grupos domésticos

Imbuidos como estamos por el estereotipo occidental de lo que algunos consideran la célula básica del cuerpo social, la familia nuclear, es difícil no asimilar el conjunto de personas que viven bajo un mismo techo y constituyen una unidad de consumo con quienes forman una familia nuclear: padre, madre e hijos de ambos. Pero si nos proponemos comprender la manera en que los pescadores artesanales organizan su vida doméstica es preciso distinguir a uno de otra.

Entre estos pescadores el matrimonio es poco frecuente. Mientras que, en el conjunto de la población de México, el 85% de las parejas

3 Aunque resulte sorprendente, la bibliografía sobre el tema se reduce a un libro y varios artículos publicados por la autora: Alcalá, Graciela: *Los pescadores de Tecolutla: el tiempo cotidiano y el espacio doméstico en una villa de pescadores*, México, 1985. "Los pescadores artesanales de México", *Rábida*, N.º 9, Huelva, España, 1992, págs. 69-83. "Pescadores y forasteros: historia de amor de migrantes centro-americanos en la frontera entre México y Guatemala", *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad*, N.º 50, Zamora, Michoacán, México, 1993, págs. 147-172. "Migrantes, pescadores y mujeres en Puerto Madero, Chiapas, México", *Mesoamérica*, Cuaderno 25, South Woodstock, E.E.U.U., 1993, págs. 101-114.

que viven unidas han contraído matrimonio civil o religioso o ambos, en un estado costero como Veracruz este porcentaje disminuye hasta el 70%. Y si consideramos solamente sus municipios costeros —en donde viven los pescadores— la cifra se reduce al 50%. De acuerdo con nuestras estimaciones sólo el 20% de las parejas formadas por pescadores artesanales están unidas por algún tipo de matrimonio. Además, entre ellos es usual el cambio continuo de pareja sexual, de tal forma que los hijos de una mujer suelen ser de padres distintos. A pesar del “machismo” de que hacen gala, los pescadores no suelen reaccionar con una violencia extrema ni cuando se enteran de las infidelidades de sus mujeres, ni cuando éstas dan por terminada la relación de pareja.

La inestabilidad de las parejas sexuales y de procreación se debe en parte a las ausencias repetidas de los hombres, que se desplazan continuamente para pescar o para buscar trabajos temporales en diversos lugares. Pero no sólo hay ausencias de los pescadores sino también de las mujeres e incluso de los niños. No es extraño que quienes viven bajo un mismo techo durante un año no estén juntos al siguiente y vuelvan a estarlo años o meses después. Debido a esta constante movilidad es útil —por preciso— usar el concepto grupo doméstico para designar al conjunto de personas que viven bajo un mismo techo y constituyen una unidad de consumo, con independencia de si los une o no, y en qué medida, alguna relación de parentesco.

Dada la inestabilidad de las parejas procreadoras, los grupos domésticos se organizan no tanto en torno a éstas (base de la familia nuclear) sino en torno a la abuela. Los grupos domésticos se componen siempre de miembros de tres generaciones. La primera generación incluye invariablemente a la abuela, a veces con su pareja sexual del momento. La segunda generación se compone de algunos de sus hijos o hijas, a menudo de distintos padres y de muy diversas edades, que pueden tener o no su respectiva pareja. La tercera generación incluye a algunos de los nietos de la abuela independientemente de que sus padres formen parte del grupo doméstico o no. El elemento estable de estos grupos domésticos es, pues, la abuela que por lo general es la propietaria de la casa en donde habita. Su pareja —en caso de tenerla— como ya hemos dicho no es siempre la misma y su presencia no es constante. Los hijos entran y salen de la casa, a veces llevándose a sus propios hijos, a veces dejándolos, sin que esto se haga de acuerdo a una regla de residencia precisa, sino a las situaciones laborales y anímicas por las que atraviesan los padres.

En algunos aspectos estos grupos domésticos se asemejan superficialmente al tipo de familia denominado “Abeja Reina” y que ha sido estudiado por algunos antropólogos entre las clases populares de Brasil, Puerto Rico y Costa Rica.⁴ Este tipo de familia tiene las siguientes características:

1) La abuela materna organiza la vida doméstica e incluso laboral de quienes viven bajo su techo, poniendo en práctica lo que los antropólogos denominan principio de matrifocalidad.

2) Con la abuela viven a veces sus hijas y casi siempre los hijos de éstas, pero no así los hijos de la abuela ni los hijos de esos hijos. Así que estos grupos domésticos tienden a la matrilocalidad de las mujeres.

3) Los hombres adultos contribuyen muy poco en el mantenimiento económico de la familia y en la organización doméstica, tareas que desempeñan las mujeres. Sus raras y breves estancias en la casa les limitan a un papel de genitores.

Podemos ver que, con excepción de la matrifocalidad, los grupos domésticos de pescadores artesanales y las familias “Abeja Reina” no comparten ninguna otra característica. Hombres y mujeres —indistintamente— suelen llevar a su pareja de procreación a casa de la madre de cualquiera de ellos, sin seguir principios claros de localidad post-matrimonial. Las circunstancias particulares y las relaciones personales y familiares de cada uno de los componentes de la pareja —claro está, variables al paso del tiempo— con sus respectivas madres y miembros de sus grupos domésticos, tienen la última palabra en la elección del hogar de residencia. Si en los grupos domésticos del tipo denominado “Abeja Reina” los hombres tienen un papel restringido casi podríamos decir al de genitores, entre los grupos domésticos de los pescadores tienen un papel preponderante: proporcionan gran parte del sustento del grupo y cuando están en casa, la vida doméstica —las horas de vigilia y de sueño, el momento de las comidas, la atención de las mujeres a los niños, etc.— se organiza en función de ellos y de sus actividades.

4 Consultar: Figueiredo, M.: “O papel socio-económico das mulheres chefes de família, numa comunidade pesqueira do Litoral Norte de Brasil” en *Cuadernos de Debate* N.º 6, Brasil, 1983. López de Pisa, E.: “La familia matrifocal como mecanismo de adaptación de la mujer a su marginalidad. Un estudio de mujeres de condición socio-económica baja en Costa Rica” (Mimeografiado). Departamento de Antropología, Universidad de Costa Rica. Costa Rica, 1977. Odio Benito, E.: “Familia de hecho”. Ponencia presentada al Simposio Mexicano-Centroamericano sobre la Mujer I. México, 1977. Smith, R.T.: “The matrifocal family” in *The character of Kinship*, edited by Jack Goody, Cambridge, 1973.

Además los antropólogos que han estudiado a las familias tipo “Abeja Reina” nunca señalan si los genitores son siempre los mismos, o si las mujeres suelen cambiar a menudo de pareja sexual. En los grupos domésticos de los pescadores artesanales, el hecho de que los individuos que forman las parejas no sean constantemente los mismos nos ha permitido precisar el papel de genitores no sólo de los hombres sino también de las mujeres, lo que a nuestro entender implica un reconocimiento tácito de igualdad en el plano del ejercicio de la sexualidad de unos y otras. Todo esto no excluye tampoco las críticas que tanto hombres como mujeres reciben de algunos de los miembros de su grupo doméstico cuando se considera que no cumplen más que con un papel de genitores y no de padres de los críos, es decir, cuando no los mantienen ni se responsabilizan de éstos. Pero las críticas no impiden que, por ejemplo, la abuela supla esas funciones, ni que los genitores continúen siendo sólo eso.

Otra diferencia fundamental para situar la especificidad antropológica de estos grupos domésticos es que suelen dar cabida a niños, jóvenes y aun adultos que no guardan relaciones de parentesco afín o consanguíneo, a veces ni siquiera ritual, con ninguno de los otros miembros del grupo doméstico. Entre los pescadores es común hacerse cargo de niños ajenos y acoger a personas que están desamparadas o que quieren dejar la casa en la que viven.

Dos historias de vida que transcurren una en la costa del Golfo de México y otra en la del Pacífico Centro, nos permitirán mostrar —en toda su amplitud— la extrema flexibilidad de los grupos domésticos de los pescadores artesanales de México.

“Es como mi hermana” (Primer caso)

Actualmente Chana (57 años) vive en una comunidad veracruzana de pescadores artesanales. Nació en la región, a 100 Km. de donde hoy reside, en una comunidad totonaca de campesinos-pescadores. A los 15 años se fue con su primer compañero sexual a vivir en la casa de su “suegra”. Allí tuvo cinco hijos. Cuando tenía 25 años asesinaron a su compañero por problemas de tenencia de la tierra. Asustada por la violencia que se cernía sobre sus hijos se fue del poblado con dos de ellos para residir desde entonces en donde hoy lo hace. Los tres hijos mayores se quedaron a vivir con su abuela paterna.

En este pueblo se relacionó con su segundo compañero sexual (un pescador artesanal sin embarcación) con quién procreó una hija. Con él vivió en una “cuartería” (vecindad) hasta que, cuatro años después, les abandonó (Años más tarde Chana se enteraría de que su ex-compañero vi-

vía con otra mujer y tres hijos en un poblado cercano).

Chana dejó la "cuartería" porque no podía pagar la renta y pidió ayuda a un padrino de su primer marido que vivía en el pueblo. El aceptó recibirla en su casa con sus tres hijos, a condición de que le ayudara a mantener al nuevo grupo doméstico que se conformaría con la suma de estos cuatro miembros. El padrino vivía con su segunda mujer, un hijo de ambos, soltero, y dos nietos, hijos de la hija que había tenido con su primera compañera sexual y que hacía poco había fallecido dejando a los niños al cuidado de la segunda mujer de su padre.

Chana cocinaba tamales y pescado frito y luego salía con su hija a venderlos por el pueblo, casa por casa o por la playa cuando había turistas. Con lo que ganaba vendiendo las fritangas y con la ayuda económica que le brindaban sus hijos que empezaron a trabajar como pescadores desde los doce y trece años, ahorró lo suficiente para establecer, 10 años más tarde, un tendajón.

En ese momento, siendo ya abuela, se "arrejuntó" con el hombre con quien vive actualmente, Pedro, un pescador artesanal de una cooperativa.

Este hombre tenía un pequeño terreno y juntos emprendieron la construcción de una casa a donde se fueron a vivir solos. Pero dos años después dos de los nietos pequeños de Chana, hijos de la hija que había tenido con su segundo compañero, se fueron a vivir con ella. Desde tiempo atrás Chana sufría disgustos y conflictos de todo tipo por la conducta desaprensiva de su hija, hasta que ésta se fue a vivir con un pescador del pueblo que no quería a sus niños. El distanciamiento entre madre e hija no podía ser causa del abandono de los niños, quienes se fueron a vivir con su abuela.

Poco después, por diversas causas, otro hijo de Chana que había crecido con su primera "suegra" llegó a vivir con ella llevando a su mujer y a su hijo pequeño. Luego de una borrachera este hijo murió ahogado y su nuera y su nieto de 10 años se quedaron con ella.

Para Pedro, el más reciente marido de Chana, este reacomodo fue muy conflictivo pues se quejaba de la nuera de Chana. A su parecer ella no contribuía a la economía doméstica ni ayudaba en las tareas de la casa. Pero su nuevo "nieto", el hijo de esta mujer, "se encariñó" rápidamente con Pedro y empezó a aprender a su lado el oficio de pescador. Unos años más tarde este joven sustituyó a Pedro en su lugar en la cooperativa. Mientras tanto la madre del joven se había marchado de casa para vivir con otro compañero sexual.

Hace un par de años una vecina y "comadre de cruz"⁵ de Chana quedó viuda, sin familia y sin recursos. Le pidió a Chana que la acogiera en

5 Cuando alguien muere y sus deudos no tienen dinero para enterrarlo, se pide ayuda a los vecinos y amigos. Para comprar la cruz del sepulcro los deudos le solicitan a alguien especialmente estimado que se haga cargo del gasto. En ese momento se convierten en "compadres de cruz". Cada Día de Muertos los deudos invitan a sus "compadres de cruz" a su casa para obsequiarles alimentos preparados especialmente para ellos.

su casa “por un tiempo”. Chana aceptó recordando que en otro momento ella misma había sido ayudada por un extraño (el padrino de su primer marido) cuando se encontraba en situación desesperada. Ahora su “comadre de cruz” le ayuda en las faenas domésticas y a atender a los clientes del tendajón. Chana dice que es “como su hermana”.

“Si su mujer es buena, bienvenidos” (Segundo caso)

En un pueblo de pescadores en el Pacífico Centro viven Pancho y Virgen. Ella es la segunda mujer de Pancho desde hace 17 años.

Aunque de origen campesino, Pancho es hoy en día pescador artesanal de éxito: es propietario de tres lanchas con motor fuera de borda.

Cuando tenía 6 años un maestro rural convenció a sus padres —campesinos que vivieron siempre en su parcela, alejados de la ciudad— de que le dejaran llevarse al pequeño Pancho con él, al pueblo, para que continuara asistiendo a la escuela. Sus padres acabaron cediendo ante el profesor, quien lo llevó a vivir a su casa con su mujer e hijos, en un pueblo de la costa. Así el maestro rural y su mujer se convirtieron en “padrinos” de Pancho y los hijos de aquéllos en sus “hermanos de crianza”.

Asistió a la escuela sólo hasta el quinto año pues le atraía demasiado el mar para sólo mirarlo desde lo alto del acantilado sobre el que se situaba la escuela elemental a la que asistió todos esos años.

A los 16 años salía a pescar diariamente con un pescador libre que tenía un cayuco (bote hecho con el tronco ahuecado de un árbol) impulsado a remo en el que pescaban tiburón con solapán (arpón), a vista de costa. De eso hace ya 25 años. Cuando tenía 18 años su patrón pereció en un accidente mientras pescaba solo. Esto le hizo sentir ciertos temores y dejó la pesca para ser mesero en un restaurante en la playa. Ahí conoció a la que sería su primera mujer, a quien llevó a vivir con él a casa de sus padrinos. Ella siempre quiso que ambos se fueran a vivir a casa de su madre, luego de que la madre la “perdonó” por haberse marchado con Pancho, pero nunca logró convencerlo. Con ella tuvo dos hijos. Atraído por su antigua vida de pescador y “repuesto del susto” del accidente ocurrido a su antiguo patrón, abandonó el trabajo de mesero y se embarcó con uno de sus “hermanos de crianza” en una lancha que compraron a crédito entre él y su “padrino”.

Luego de serios conflictos su primera mujer se fue a vivir con su madre llevándose al hijo más pequeño, dejando al mayor al cuidado de la “madrina” de Pancho y dando por terminada su relación con éste.

A Pancho le fue bien en la pesca durante dos temporadas. Con lo que obtuvo pagó la embarcación, le compró su parte a su “padrino” y adquirió otro motor. Luego compró un terreno y construyó una choza a donde se llevó a vivir a Virgen, hija de otro pescador del pueblo. Con ella tuvo cuatro hijos. El primer hijo de Pancho nunca quiso ir a vivir con ellos. En cambio dos de los “hermanos de crianza” se mudaron a vivir con la re-

cién formada pareja. El cambio de domicilio de los dos jóvenes no le pareció correcto a Virgen porque eso daría pie a las habladurías de los vecinos que verían mal que una recién casada viviera con dos jóvenes cuando su marido se ausentaba a pescar. Efectivamente se suscitaron “chismes” al respecto pero Pancho nunca les dio importancia. Luego de que nacieron los primeros tres hijos de esta pareja, uno de los “hermanos de crianza” se fue a vivir con su pareja a casa de la hermana mayor de su mujer. El otro “hermano de crianza” que continuaba en la casa de Pancho y Virgen, les pidió que aceptaran que fuera a vivir ahí la mujer que sería su primera compañera sexual. Ellos aceptaron, pero después de un año las continuas peleas de la pareja terminaron con la paciencia de sus anfitriones, quienes les pidieron que se marcharan. La llegada del cuarto hijo de Pancho y Virgen coincidió con la salida de la pareja luego de bochornosos momentos de tensión.

Hoy Pancho y tres de sus hijos solteros pescan en dos de las tres embarcaciones del primero. En la tercera trabajan el marido de su hija —recién casada— y el “hermano de crianza” a quien Pancho y Virgen habían despedido de su casa años atrás. Pancho suele repetir —en tono entre malicioso y solemne— respecto de su hermano, o de cada uno de sus hijos, según el caso: “Si su mujer es buena, bienvenidos”.

Estos ejemplos nos muestran que los constantes reacomodos de las personas en distintos grupos domésticos son una ingeniosa respuesta ante la pobreza extrema, la falta de protección ante los golpes del destino (asesinatos, accidentes, muertes, etc.) y también ante las desavenencias familiares.

Los reacomodos son posibles porque en las comunidades de pescadores artesanales existe un sentimiento de solidaridad muy generalizado, que lleva a los que gozan de una situación un poco más desahogada a ofrecer casa y sustento a los más desprotegidos, aunque la relación de parentesco entre quien ofrece la ayuda y quien la recibe sea muy tenue, e incluso en ocasiones inexistente.

Quien acoge a una persona bajo su tutela espera que ésta dé muestras de buena voluntad conviviendo en forma tranquila y armoniosa, ayudando en los quehaceres domésticos y, si es posible, cooperando en el mantenimiento económico del grupo. De hecho las actividades económicas que se realizan en las comunidades —la pesca, la agricultura y el comercio en pequeño— permiten al anfitrión integrar a otras personas en el trabajo que desempeña, aunque sólo sea temporalmente.

Esta solidaridad no es una forma de caridad no sólo porque a cambio de ella se espera un cierto trabajo, sino también porque quien ofre-

ce la ayuda la ha recibido tiempo atrás de otras personas o sabe que no está exento de requerirla en algún momento de su vida. Esta solidaridad es pues una forma de reciprocidad diferida y generalizada.

Sin embargo, los mismos ejemplos nos muestran que la vida al interior de los grupos domésticos no está exenta de conflictos. Estos nacen cuando uno de los miembros, pudiendo hacerlo, no coopera en la manutención del grupo o en las tareas domésticas, o cuando se comporta en forma agresiva, desleal o irrespetuosa hacia los demás. Si ese miembro persiste en sus conductas negativas a pesar de las llamadas de atención del resto del grupo, el conflicto se agudiza pudiendo desembocar en la separación de ese miembro. Estas escisiones dan lugar a nuevos reacomodos que, en última instancia, son una muestra más de la flexibilidad de la organización social de los grupos domésticos.

Otra condición que impone esta clase de reciprocidad diferida y generalizada se refiere al parentesco ritual. Esta clase de parentesco se establece básicamente con el bautismo de los niños que —este sí— se lleva a cabo, incluso cuando el crío tiene ya cinco o siete años. Para obtenerlo se empieza por elegir a un padrino para la niña, o a una madrina para el niño. Se espera que si los padrinos no son una pareja, el futuro pariente ritual solicite a una persona del sexo opuesto que lo acompañe en la ceremonia en la iglesia católica o cristiana y se presenten juntos, formando una pareja. Todavía la elección de padrino para un crío, el pedir a alguien que se convierta en compadre o comadre, se hace en función de que éstos puedan prestar ayuda de alguna manera al ahijado cuando la requiera, y/o de que exista mutuo aprecio y cierto cariño entre los futuros compadres. Lo que se busca con el compadrazgo es la confirmación de los lazos que la ayuda mutua anuda entre los participantes, ya sean ellos semejantes en la escala social, ya sean personas que ocupan sus extremos.

El vecindario

Los habitantes de las comunidades de pescadores artesanales, al vivir sin un trabajo estable, sin ahorros y sin instituciones públicas que los protejan adecuadamente de los imprevistos, necesitan constantemente de la ayuda de sus vecinos para satisfacer sus necesidades más apremiantes. La ayuda mutua es posible porque no todos los habitantes tienen las mismas carencias al mismo tiempo.

Así, los que no cuentan con agua entubada o pozo recurren a los más afortunados para que les regalen el preciado líquido. Si un miembro del grupo doméstico enferma, se acude al vecino que tiene una pequeña huerta en su solar para pedirle una planta medicinal, o si el caso es más grave se le pide dinero a alguno que atraviesa por un período de bonanza, para comprar una medicina de patente. Cuando se requiere acelerar la entrega de un certificado escolar u obtener el acta de propiedad del terreno en donde se ha construido la casa, se pide la ayuda de aquél que tenga amigos en las oficinas de gobierno correspondientes, etc., etc.

Todos estos “favores” se retribuyen con bienes y servicios de lo más diversos, dando lugar en el vecindario a redes de intercambio de “favores” sumamente complejas, que si bien están animadas por el principio de ayuda mutua, no por eso están libres de conflictos.

El caso de uno de los vecindarios de la colonia “La Cantarranas” en Tecolutla, Veracruz, nos permitirá mostrar el funcionamiento de esas complejas redes de intercambio que encontramos en todas las comunidades de pescadores artesanales e incluso en las colonias de los grandes puertos en donde dichos pescadores se agrupan.

La colonia “Rafael Hernández Ochoa”, conocida como “La Cantarranas”, se localiza en una de las márgenes del río Tecolutla, a 200 metros de su desembocadura en el Golfo de México. En 1982 había en ella 141 lotes registrados en el Registro Público de la Propiedad. Los propietarios eran 125 personas, la mayoría mujeres.

Aproximadamente la mitad de las casas cuenta con servicio de agua entubada. En el resto de ellas suele haber pozos.

Sólo las dos calles principales de la colonia están asfaltadas gracias a la cooperación de los propios vecinos.

En una de las casas de la colonia viven Agrícola, de 60 años de edad, viuda, su hija casada con un pescador artesanal y sus dos nietos. En la casa de al lado vive una pareja, Tere y Lupe, lesbianas, con su hija de 8 años. Del otro lado vive Flor con su marido (taxista), sus cuatro hijos, una de ellas viviendo con su primer compañero sexual (mecánico), y sus dos nietos hijos de esta pareja.

Enfrente está la casa de Marina, la curandera y rezandera del barrio, que vive con su segundo marido (pescador) y tres de sus hijos, una de ellos viviendo con su marido. Al lado de Marina vive Cande, viuda de un pescador, con cuatro de sus hijos solteros, y tres de sus ocho nietos. Del otro lado está la casa de Josefa y de sus tres hijas solteras.

Flor, Marina y Josefa tienen en sus casas una toma de agua entubada y además pozo. En casa de Tere sólo hay pozo. En la de Cande, na-

da. Cande toma agua del pozo de la casa de Tere. A cambio una de sus hijas cuida a la pequeña de Tere y Lupe cuando ellas salen juntas a pasear o cuando cada una va a trabajar.

Marina rezó durante el funeral del marido de Agrícola —pescador— y durante los funerales del marido y del hijo pequeño de Cande. No quiso cobrarles sus servicios alegando que siendo vecinas ya habría oportunidad de que le hicieran a ella un “favor”. A otras personas Marina les cobra por estos servicios según la capacidad económica de su cliente.

Aunque todas dicen llevarse bien, Josefa y sus hijas están excluidas de cualquier intercambio con el resto. Ella es comerciante de ropa y enseres domésticos de contrabando y además prestamista. Varios vecinos le han solicitado préstamos que ha cobrado con altos réditos, por lo que no es bien vista por los demás, que la consideran una “rica” de la colonia. Tere y Lupe no le hablan y tampoco se relacionan con Agrícola, quien las rechaza fundamentalmente porque son lesbianas.

Lupe y Tere intercambian a menudo frutas y plantas de su solar por pescado fresco que les obsequia el marido de Marina o por algún viaje al pueblo vecino en el taxi del marido de Flor. Flor las aprecia y las defiende de las malas lenguas y de los juicios moralistas de otros habitantes de la colonia con el argumento de que “Tere es buen marido. No es borracho [sic.] y mantiene a Lupe y a su hija sin que nada les falte. Lo demás es lo de menos” enfatiza.

Cuando la hija de Lupe ha estado enferma ha sido Marina la primera en ir a visitarla como curandera que es y Cande ha llevado a la niña a su casa para cuidarla mientras Lupe sale a vender ropa a domicilio y Tere va a trabajar a una vinatería en el pueblo vecino. Asimismo Lupe y Tere guardan en su refrigerador pescados y mariscos a Marina (cuando su marido trae tanto que no cabe en su propio refrigerador) y le permiten a Cande, que no tiene ni hielera, que deje en él lo que le apetezca.

En ocasiones un hijo de Cande, aprendiz de pescador, trabaja por día para Agrícola cortando la hierba de su solar o encalando su casa. Agrícola paga poco pero en cambio le permite cortar cocos, plátanos y algunas flores que luego los hermanos y sobrinos de este joven venden por la playa. Cuando el dinero escasea en casa de Agrícola y Cande, ambas cocinan juntas tamales y dulces que luego venden por el pueblo.

El marido de Marina es un reconocido pescador, así que muy a menudo regresa a casa llevando gran cantidad de especies no-comerciales que Marina obsequia a Cande, Agrícola y Flor. Luego, para agradecerle el obsequio, Agrícola lava la ropa del pescador gratuitamente mientras que Cande le regalará a su vez tamales o dulces de coco y naranja.

A veces Flor se queja con los vecinos de que los pescados que le regaló Marina eran los más pequeños del conjunto que obsequió y por ahí empiezan los “chismes”. No faltará quien diga que Marina es tacaña y que además su conducta con su marido no es la adecuada, que la hija sigue sus pasos siendo infiel al novio de turno, etc. Los “chismes” llegan a oídos

de las protagonistas, quienes hacen reclamaciones a sus vecinas. Se inicia un pleito por el que Marina y Flor dejan de dirigirse la palabra. Cande trata de mediar entre ellas sin éxito y acaba por enemistarse temporalmente con ambas.

Pero al paso del tiempo, la vida cotidiana les reconciliará: tendrán que hacer frente común a otros “chismes” respecto a otros vecinos; si sucede algún accidente a cualquiera de ellas, las demás acudirán a atenderla o por lo menos a preguntar por su salud; a la muerte de algún pariente de cualquiera de ellas, las otras cumplirán con la obligación moral de darle el pésame, etc.

Las redes de intercambio en un vecindario se construyen generalmente entre semejantes en la escala social. Entre ellos deberá haber consenso de que lo que se intercambia tiene un valor económico, social o moral equivalente. Siempre se corre el riesgo de no considerar recíproco alguno de los intercambios. Nadie está a salvo de sentir que se han aprovechado de él, ni tampoco de intentar beneficiarse descaradamente de la buena fe de otro. Si el principio que rige el intercambio, es decir, la reciprocidad, se pierde, surge inevitablemente el conflicto, que echa a andar el mecanismo de regulación del intercambio a nivel vecinal (e incluso comunitario): el chisme.

A través del chisme los vecinos se permiten discutir públicamente la conducta de los actores que han entrado en conflicto debido a algún intercambio desafortunado. Entonces participan dando su razonamiento y su juicio sobre si alguien ha sido justo o no, es decir, si ha retribuido un favor correctamente o si por el contrario se ha aprovechado de quien lo “ayudó”. De la discusión generalizada —a través del chisme— surge la sanción social: quedar excluido total o parcialmente de la red de intercambios y/o ser el blanco de comentarios y actitudes hostiles durante un tiempo.

Las leyes del mercado, aun la de la oferta y la demanda, simplemente no aparecen como reguladoras de estos intercambios, y no están presentes porque lo que se intercambia no llega a tener la categoría de mercancía: cuando mucho es un bien (si es un satisfactor material, una cosa) o un servicio valioso y valorable sólo para los participantes de cada particular intercambio y durante un momento preciso.

Aparte está el mercado capitalista en el que todos participan. Las mercancías que éste ofrece les son necesarias, algunas indispensables, y se les consume en la medida en la que se lo permite su restringida ca-

pacidad monetaria. Pero frente a las mercancías, los pescadores y sus familias son sólo pasivos demandantes temporales —consumidores de tercera categoría— o débiles oferentes que venderán sus pescados, sus mariscos, a intermediarios voraces que son quienes manipularán a su favor la ganancia de su comercio.

Su desamparo casi total ante este mercado, que les ofrece bienes a precios altísimos (a veces 100% más elevados que en la ciudad de México) o escasos servicios públicos, y que les toma su producción muy por debajo de su valor comercial, es atenuado por la capacidad que tienen de obtener —a través de la ayuda mutua entre vecinos— muchos bienes y servicios sin recurrir a aquél.

La tripulación

Aunque para muchos investigadores sean bien conocidas las funciones de los miembros de una tripulación de pescadores artesanales, he decidido iniciar este apartado con la descripción somera de su trabajo y del ambiente de cooperación que reina entre ellos, describiendo las prácticas de una tripulación de pescadores en la costa de Chiapas —Estado limítrofe entre México y Guatemala— con el objeto de destacar la necesidad que tienen todos de prestarse ayuda durante las maniobras de pesca.

Luego describiré brevemente el mecanismo de la distribución discrecional de las especies “no-comerciales” en un pueblo de pescadores del norte del Estado de Veracruz, que viene a demostrar lo profundamente arraigada que está la práctica de la ayuda mutua entre los pescadores artesanales.

La división del trabajo

“Contamos contigo” es la frase habitual que un “patrón”⁶ en la costa de Chiapas le grita de entrada al aprendiz que sale con él a pescar por primera vez. La voz del patrón es escuchada por el resto de los tripulantes. Ella les recuerda nuevamente a todos la responsabilidad de cooperar en el trabajo para que la jornada de pesca tenga éxito.

6 “Patrón” es el término más común para llamar al pescador responsable de una jornada de pesca y de la embarcación en la que se efectúa. También se le dice “capitán”.

Esta responsabilidad compartida (y no sólo los conocimientos técnicos y la experiencia de cada uno) los convierte en un verdadero equipo de pesca.

La jornada en el mar está a punto de iniciarse y todos saben que se encuentra en juego no sólo “la parte”⁷ que cada uno necesita para dar de comer a los suyos, sino —aquí sí— en última instancia, su vida misma. Eso lo saben. “Lo que es preciso recordarle siempre a la tripulación —me decía este patrón— es que aquí en la embarcación si no tenemos voluntad para ayudarnos, no saldremos adelante. ¡Y en este juego se trata de ganar! ¿no es cierto?”. Si tomamos en cuenta que las embarcaciones en las que los pescadores artesanales de México salen a pescar son lanchas de fibra de vidrio o cayucos de entre 1 a 3 toneladas de capacidad, equipadas con motor fuera de borda de 25 a 75 Hp, sin instrumentos de navegación y con una tripulación de 3 a 5 pescadores, la argumentación de este patrón adquiere todo su valor y nos remite nuevamente a la ayuda mutua y a la solidaridad, esta vez como principios de acción no sólo para tener éxito en la pesca sino para sobrevivir en el mar.

Saliendo al mar, cada tripulación es una unidad de trabajo autónoma⁸ aunque en ocasiones haya tres o más embarcaciones pescando en la misma área. Cada unidad está dirigida en todo momento por el “patrón”.

En una embarcación pequeña sin brújula ni salvavidas, el trabajo acertado de un “patrón” depende de una compleja mezcla de pericia técnica, intuición personal y sentido de responsabilidad. Pericia técnica para saber salir frente al oleaje si es necesario; para colocar las artes en el lugar más adecuado y seguro; para reconocer —observando atentamente— el “temperamento” de las aguas y de los vientos. Intuición personal para escoger su tripulación y reconocer en un joven sus cualidades de pescador “en bruto”; para decidir acertadamente la distribución de las especies

7 El siguiente es un ejemplo —entre una inmensa variedad posible que depende de factores como el número de tripulantes, o si el dueño de embarcación lo es también de los aperos de pesca, etc., etc.— de la distribución posible de los beneficios de una jornada de pesca. El total de la captura que se ha logrado en cada jornada de pesca se divide en varias “partes” iguales. Luego, estas “partes” se redistribuyen entre cada tripulante, según el oficio que haya desempeñado durante esa jornada. Descontando tres de diez partes para los gastos de la embarcación y una para su dueño, las seis partes restantes se dividen de la siguiente manera: tres para el “patrón”, dos para el motorista, y uno para el cocinero. El aprendiz, mejor conocido como “pavo”, no tiene “parte”.

8 Sólo los “alijos” yucatecos no lo son. Una embarcación nodriza los remolca y los sitúa en el lugar de pesca adecuado, pasando a recogerlos horas después. Los “alijos” tienen un margen de autonomía restringido sólo a algunas horas y su independencia de la nave nodriza no es tal en tanto que sólo pueden regresar a puerto con su ayuda.

“no-comerciales” que no están incluidas en “la parte” que le corresponde a cada tripulante según su rango; para hacer soportable a su tripulación la dura monotonía de la espera y la aspereza de las bromas de mal gusto a las que sus hombres se abandonan intentando eludirla; para mantener la cabeza “fría” en medio del peligro al que un mal tiempo intempestivo puede arrastrarlos o en el que la borrachera en el puerto de paso podría hundir a sus hombres. Sentido de responsabilidad para cumplir con las tareas que le atañen directamente y, cuando es preciso, hacer también aquellas que los otros no han sabido o podido cumplir.

Pero en todo esto el patrón no está solo. Su autoridad y su responsabilidad tienen en el “motorista”, su segundo de a bordo, un lugarteniente. El lo apoyará y tomará una serie de responsabilidades cuando sea preciso.

El “motorista” es responsable del cuidado y buen funcionamiento del motor y conoce y maneja bien las artes de pesca. Su relación con el resto de la tripulación fluctúa constantemente entre la de quien se trata de igual a igual con sus camaradas de oficio y la de quien siendo el blanco de sus celos y envidias —por su cercanía al patrón— debe realizar el difícil papel de mediador entre uno y otros.

El tercer tripulante es el “cocinero”, encargado de hacer la compra de bastimento y de preparar y servir la comida durante la travesía. Además conoce y maneja las artes de pesca, participando en las maniobras y en el trabajo de limpiar y acomodar el pescado o los mariscos capturados, según sea el caso.

El aprendiz —llamado en algunos lugares el “pavo”— ocupa el último sitio entre la tripulación. Su presencia es común en embarcaciones pequeñas mientras que en embarcaciones mayores no es reconocida o está explícitamente prohibida.

El aprendiz ayuda en todo aquello que le pidan los otros tripulantes, especialmente el patrón. Es quien hace las labores de limpieza de la embarcación, de las artes y del pescado. El no recibe una “parte” como remuneración por su trabajo sino solamente los pescados (o mariscos) y las propinas que cada tripulante le ceda. Con la práctica adquirirá conocimientos que luego le permitirán convertirse en un tripulante con derecho a una “parte” de la captura. El proceso de aprendizaje para llegar a tener categoría con derecho a “parte” puede llevarle dos o tres años. Durante ese lapso su cuerpo irá transformándose en el de un pescador mientras aprende el uso de las artes de pesca, los principios de navegación

elementales y el ritual de la observación atenta. Al mismo tiempo su experiencia le hará comprender que, para pescar y sobrevivir en el mar, es ineludible contraer el compromiso y la responsabilidad de ejercer la ayuda mutua y la solidaridad con los otros camaradas. “Contamos contigo” será una frase cuyo sentido pleno le develará el ejercicio del oficio.

La cooperación en el trabajo

Los pescadores artesanales de México utilizan artes tanto de uso individual (atarralla, cuerdas con anzuelos, arpones) como artes de uso colectivo. De entre éstas últimas, las de uso generalizado en todas las costas son las siguientes:

a) El trasmallo (red agallera) y el chinchorro playero (red agallera de arrastre). Con estas redes se pesca una gran variedad de peces (“escama”). Con el trasmallo se pueden pescar mar adentro —a distintos niveles de profundidad— diversos peces de quienes toma su nombre cada clase de trasmallo: lisero (para capturar lisas), parguero (para pargos), huachinanguero (para huachinangos), etc. y también tiburón (trasmallo tiburonero); con el chinchorro playero extraen especímenes medianos y pequeños.

b) La simbra o palangre (línea “madre” a la que van unidas una serie de líneas secundarias en cuyos extremos se colocan los anzuelos) con la que se obtiene sierra, peto, pargo, etc. (peces de mediano y gran tamaño) y tiburón.

c) Trampas para extraer peces y crustáceos.

Sabiendo que en las embarcaciones de los pescadores artesanales no se cuenta más que con la fuerza de cada hombre, la maniobra que es preciso realizar con cada una de estas artes requiere de la cooperación de tres o cuatro tripulantes tanto para prepararlas como para tirarlas y “requerirlas” es decir recogerlas con “el producto”: peces, mariscos, tiburones.⁹

⁹ Los peces se clasifican en dos grandes subclases: teleóstomos, de esqueleto óseo, y elasmobranquios, con esqueleto cartilaginoso. Aunque el tiburón es un pez de la subclase elasmobranquios, los pescadores lo “clasifican” aparte, distinguiéndole del resto de sus congéneres básicamente por su fuerza, tamaño, voracidad e inteligencia. Es por ello que en el texto los tiburones aparecen nombrados especialmente.

Para colocar el trasmallo es necesario que intervengan por lo menos tres hombres: el motorista que mantiene la embarcación en posición equilibrada con el motor apagado; un tripulante que tira al mar el extremo del trasmallo donde están los plomos o pesas y otro que, al mismo tiempo y desde el otro extremo de la embarcación, tire al mar el extremo donde están colocadas las boyas o flotadores.

Para sacar el trasmallo del agua es preciso que además otro tripulante se coloque al centro de la embarcación. Los hombres que están en los extremos jalen el arte lentamente hacia arriba y adentro de la lancha mientras el que se ha colocado en el centro va retirando el pescado de la red conforme va siendo sacada del agua.

Cuando se pesca tiburón, ya sea con trasmallo o con simbra, es preciso que al tiempo que se saca el animal un pescador lo golpee en la cabeza para cerciorarse de que ha muerto. Esta operación, aunque habitual, es muy peligrosa y todos deben hacer bien su tarea, so pena de ser golpeados por el animal moribundo o incluso mordidos o desgarrados por sus afilados dientes.

La simbra o palangre exige además una destreza y agilidad especial para colocar la carnada al momento de tirar la línea al mar. Mientras el motorista da marcha atrás a la embarcación, un tripulante va colocando rápidamente la carnada en los anzuelos y tirando la línea. En la simbra tiburonera los anzuelos son muy grandes y quien va “encarnando” (poniendo el cebo en ellos) debe cuidar especialmente de no colocar como carnada su propia mano pues la fuerza con la que la línea se hunde en el mar lo empujaría rápidamente hacia el fondo, lo que puede ocasionar su muerte ya sea por asfixia¹⁰ o por el ataque de algún tiburón que se encuentre próximo. En el caso de que un pescador quede prendido a un anzuelo, el motorista detendrá inmediatamente la embarcación mientras otro tripulante se lanzará velozmente al mar para intentar salvar a su camarada de una muerte segura. Todos están pendientes de la operación, para actuar con rapidez y agilidad si es necesario.

La operación de sacar la simbra exige el esfuerzo de, por lo menos, dos tripulantes que jalen la pesada línea, para levantarla del agua con los peces o los tiburones atrapados. Cuando se trata de sacar trampas no se

10 Al quedar atrapado por un anzuelo que se hunde en el mar, no es de extrañar que el pescador se ahogue. Por otra parte, la inmensa mayoría de pescadores artesanales no sabe nadar, lo que dificulta el salir con bien de un percance como éste.

corre tanto peligro, pero es preciso en cambio un gran esfuerzo para colocarlas sobre la embarcación.

El manejo de cada una de estas artes —chinchorro playero incluido— exige la cooperación de todos los tripulantes. Técnicamente es imposible trabajarlas solo. De ahí su denominación: artes de “uso colectivo”. Pero, ¿porqué hablar sólo de “imperativos técnicos” para el uso de estas artes de pesca sin mencionar como componente fundamental para su manipulación el tipo de relación que los pescadores se ven precisados a desarrollar? Si de lo que se trata es de comprender el modo en el que realizan sus tareas, ¿acaso no sería más provechoso preguntarse cómo los “imperativos técnicos” de la manipulación de las artes de uso colectivo motivan e impulsan —en más de un nivel— la ayuda mutua entre los pescadores?

Así como la utilización de las artes de pesca de uso colectivo precisa de la cooperación de quienes participan en la maniobra de pesca, la indefensión de esta gente frente al mar los obliga a ayudarse mutuamente para regresar sanos y salvos a puerto. Si una tormenta o un viento fuerte los sorprende en el mar, el agua de la lluvia y el de las olas inunda la embarcación. Entonces ninguno de los tripulantes puede quedarse con los brazos cruzados contemplando como naufragan. La cooperación se impone como principio de acción que les permite regresar a tierra “enteros”, como bien expresan los pescadores. La ayuda mutua no es una abstracción moral de simple origen ideológico, sino un principio fundamental de supervivencia que se nutre de la práctica cotidiana entre quienes han decidido hacer suyo el oficio de pescador artesanal.

Distribución de las especies “no comerciales”

Para efectos de su comercialización las especies se clasifican *grosso modo* en especies “comerciales” y especies “no comerciales”.

Las primeras son aquéllas que tienen más demanda en el mercado nacional —e internacional— y con ellas se hacen “las partes” que sirven para remunerar el trabajo de los miembros de la tripulación según su rango o jerarquía (patrón, cocinero, etc.).

Las especies “no comerciales” son las que no se venden en el mercado nacional por tener poca o ninguna demanda, pero que se distribuyen entre los tripulantes para su propio circuito de consumo, sin relación

con el mercado nacional como tal. Son la base de la alimentación de esta fuerza de trabajo y de la de sus grupos domésticos y vecinos: son la "materia prima" del intercambio que da sentido a la calificación de su actividad como "pesca de subsistencia".

Si consideramos por tanto el restringido número de especies altamente comerciales (no más de ocho o diez en todo el país; tres o cuatro en cada región) así como la escasa selectividad de las artes de pesca más empleadas por los pescadores artesanales mexicanos, veremos que la cantidad y la variedad de especies "no comerciales" no son para nada despreciables.

La distribución de estas especies no se hace en función de la jerarquía que ocupa el pescador entre la tripulación; tampoco obedece a criterios salariales. Las especies "no comerciales" se distribuyen entre los miembros de una tripulación según las necesidades de cada uno de ellos. La distribución responde al principio de ayudar a aquél de entre ellos que, en el momento de regresar de cada travesía de pesca, tenga necesidades más apremiantes. Si, por fortuna, ninguno de los tripulantes atraviesa por una situación especial de apremio, entonces cada uno escoge los ejemplares que desee, tratando de no sobrepasarse para que todos queden satisfechos. Se busca cierto equilibrio en la distribución discrecional.

Pero, ¿cuáles son las situaciones de apremio? ¿cuando se considera que un tripulante tiene más necesidad que otro? Se acepta que si un tripulante tiene "muchos hijos" (más que cualquiera de los otros tripulantes) o si su mujer está por parir o si tiene un enfermo en casa, necesitará contar con un poco más de dichas especies ya sea para alimentar a su numerosa familia, ya sea para intercambiarlas por otro bien o para retribuir con ellas algún servicio pedido a sus vecinos.

También existe la costumbre de regalar parte de esas especies a las viudas, a los huérfanos y/o a los pobres de la comunidad o de la colonia que se acercan a la embarcación a pedir algo cuando los tripulantes están descargando.

Dar cifras del monto de estas especies es prácticamente imposible pero no por ello dejaré de señalar su existencia y las formas más comunes de distribuirlas. Considero que esta clase de distribución comunitaria, esta costumbre de repartir lo poco que se tiene sin más afán que el de esperar reciprocidad, nos permite confirmar el lugar central que ocupa entre los pescadores artesanales la práctica de la ayuda mutua y de la solidaridad.

Esta solidaridad a toda prueba se manifiesta especialmente en la circunstancia más común y aciaga de la existencia: la hora de la muerte. Sabiendo de la desprotección general ante la llegada de la muerte, de la falta de servicios públicos y sociales de asistencia ante ella, los pescadores artesanales organizan colectas de dinero y de especies para ayudar a solventar los gastos imprevistos ocasionados al momento de la muerte de uno de sus camaradas de oficio o de algún miembro del grupo doméstico de cualquiera de ellos. Cada uno contribuye según sus posibilidades. Lo hace sabiendo que, llegada la triste ocasión, él o sus deudos recibirán un apoyo semejante.

El monto de la cooperación que hace cada tripulante también es motivo de chismes entre la tripulación y entre sus amigos y vecinos. Los juicios que se vierten a través de los chismes contribuyen a determinar, con la precisión del consenso, lo que debe hacerse en ocasiones tan ingratas.

Reflexiones sobre la especificidad social de los pescadores artesanales

A pesar de la especial importancia que tiene estudiar las formas de organización del trabajo y el tamaño y características de la producción pesquera de los pescadores artesanales de México, el analizar sólo estos aspectos no es suficiente para conocerlos.

Por otra parte, los diversos mecanismos típicos de la explotación del trabajo por el capital en nuestra sociedad y el papel que juegan los intermediarios comerciales en el despojo de los productores directos en pequeña escala son aspectos relativamente conocidos en México y que guardan similitud con aquéllos que se practican en otras latitudes sobre otras clases de pescadores. Las directrices del sistema tienen la misma lógica.

No es menester conocer con todo detalle los mecanismos regionales y locales de que se valen los armadores o permisionarios, ni el monto exacto de las ganancias que obtienen los acaparadores particulares o estatales para saber que éstos son los escasos beneficiarios de la actividad pesquera a nivel nacional. ¿Qué sucede entonces entre los pescadores artesanales? ¿cuál es su espacio de acción, su grado de autonomía respecto al estado o al capital? ¿o es que no tienen ninguno?

Responder a estas preguntas requiere de una previa aclaración. Nos interesa conocer y llamar la atención sobre los mecanismos de intercambio que practican y controlan los pescadores artesanales de México porque consideramos que estos mecanismos —hasta ahora poco estudiados— pueden ser el hilo conductor que falta para llegar a conocer, en toda su complejidad, el problema del desarrollo de la pesca artesanal en países como el nuestro y especialmente para comprender la especificidad sociológica de quienes hoy la practican en otras latitudes en condiciones similares. Y un componente de esa especificidad sociológica es, desde mi perspectiva, su búsqueda de espacios culturales y por lo tanto físicos y espirituales en donde construir y vivir la autonomía.

No es posible dudar de que, en las condiciones actuales, la transferencia continua de los productos pesqueros hacia el mercado nacional e internacional no ha logrado elevar el nivel de vida de los productores directos, es decir, de los pescadores. Tampoco es posible dejar de reconocer que la voracidad extrema ejercida en la captura de ciertas especies (atún, abulón, camarón, langosta, ostión), y la inconsecuente explotación petrolera en el mar (ambas perpetradas por el mismo Estado para intentar aumentar el volumen de nuestras exportaciones), son la causa de diversos problemas de deterioro ecológico que perjudican seriamente a todos los mexicanos y especial y directamente a los pescadores artesanales. Estos, que se resisten a convertirse en “obreros del mar”, y a ser cooptados por el corrupto sistema de las cooperativas y de los sindicatos oficiales, enfrentan todos esos problemas reforzando y ampliando el sutil tejido de las redes de intercambio vecinal y local que trascienden sus orígenes étnicos.

Los elementos que identifican a los pescadores como grupo social específico son su precaria situación, su particular intercambio de bienes y servicios y su pasión por la pesca ribereña. Vale la pena esbozar aquí brevemente cuáles son las causas profundas que despiertan pasión por este oficio entre los hombres que lo practican. Una de ellas es que la pesca artesanal es una actividad que les permite trabajar sin horarios fijos, sin mantener la apariencia de compromisos definitivos y en la que no es necesario contar con ninguna clase de documento oficial (acta de nacimiento, cartilla liberada, certificados de estudio, registro federal de causantes). La otra causa es la atracción que ejerce el mar como espacio “libre” —según su propia calificación; no domesticable, según la nuestra— en donde es posible vivir el riesgo del juego (el azar) y el pla-

cer de la aventura y la depreciación estética del paisaje como un todo inseparable.

A nivel de las relaciones domésticas, existen dos elementos específicos a remarcar. Uno de ellos es la flexibilidad de su organización doméstica (posible gracias a que la ayuda mutua está en el centro de sus prácticas sociales) que permite la resolución relativamente pacífica de conflictos serios y, sobre todo, de los que podrían derivar del continuo reacomodo de la gente dentro de los grupos domésticos. El otro es la igualdad sexual que practican las parejas de procreación, aun sin proponérselo e incluso defendiendo en el discurso un modelo de relación conyugal acorde a aquél que los medios masivos de comunicación difunden en foto-radio-telenovelas de consumo generalizado.

En un nivel de relación social más amplio, entre vecinos y entre miembros de una tripulación, es preciso destacar tres elementos distintivos de uno y otro conjuntos. Los vecinos practican la ayuda mutua para satisfacer ciertas necesidades; el ejercicio de la ayuda mutua genera redes de intercambio de bienes y servicios; el chisme y los juicios de valor que de él se derivan dan lugar al ejercicio de mecanismos de ajuste que permiten mantener las relaciones de intercambio en equilibrio dinámico, es decir, bajo la tutela —reconocida por consenso— de la reciprocidad. Los tripulantes practican la ayuda mutua diferenciada según la experiencia y capacidad de cada uno para hacer posible la pesca y la supervivencia en el mar; el ejercicio de la ayuda mutua, durante las maniobras de pesca y durante los momentos de peligro en el mar, genera lazos de identidad y permite el aprendizaje del oficio; entre los pescadores, la indefensión ante la naturaleza y el componente lúdico asociados a la jornada de pesca, sitúan la práctica de la ayuda mutua a nivel de la costumbre.

Es preciso decir que los pescadores artesanales expresan invariablemente como reivindicación política su utopía de ser “pescadores libres” (sin eufemismos), es decir, independientes, propietarios de su embarcación y de sus aparejos: autónomos por lo menos en cuanto a su capacidad de sacar producto, de pescar.

Si respecto a la propiedad de las embarcaciones y aparejos de pesca y sobre todo de la comercialización de sus capturas, su autonomía como productores directos es una quimera, en otros niveles como el de la vida doméstica y vecinal no sólo comprobamos la precariedad económica de los pescadores artesanales sino también sus particulares formas de practicar una cierta autonomía que vendría a ser complementaria de

aquella que reivindican para su oficio. Tendremos entonces que reconocer que, por lo menos en México, los pescadores no son sólo un grupo de artesanos o una clase de trabajadores sino un grupo social particular del conjunto de la sociedad mexicana que reivindica valores y defiende utopías en su práctica cotidiana. Y si su trabajo y su vida son todavía poco conocidos en el país, los valores y utopías que ellos defienden lo son aún menos. Valdría entonces la pena descubrirlos e ir tejiendo el complejo entramado del conjunto de aspiraciones que los mexicanos tienen en común con sus pescadores. A este conjunto de aspiraciones los pescadores artesanales tienen mucho que aportarnos. ¿Seremos capaces de comprenderlos e incorporarlos como parte activa y actuante de nuestra realidad nacional?

Día de Muertos: ocasión para actualizar la ayuda mutua

En muchos sitios de México los mexicanos celebran el Día de Muertos asistiendo a los cementerios para visitar las tumbas de los seres queridos. Las limpian, las adornan con flores y pasan unas horas frente a ellas comiendo, bebiendo y conversando en compañía de la familia. Es una fiesta privada que se celebra en un espacio público frente a otros deudos que celebran al lado una fiesta privada similar.

En la costa de Veracruz, cuna de los más antiguos pescadores artesanales de nuestro país, también se festeja ese día. Ellos lo celebran en sus casas con las puertas abiertas, recibiendo a todos los amigos y vecinos y reciprocándoles el mismo día su visita.

Quienes han tenido rencillas aprovechan esta ocasión para visitarse y reconciliarse al calor de un licor hecho en casa. Es un día sin conflictos en el que, frente al altar hecho en honor de los seres queridos que siguen presentes en la memoria de los vivos, se recibe en casa a la gente y se le obsequia todo lo que ha sido preparado ex-profeso para ello. A lo largo del día hombres, mujeres y niños —limpios y vestidos con su mejor ropa— van pasando de una casa a otra para conversar animadamente mientras comen y beben siempre lo mismo con una alegría respetuosa y sincera. Antes de salir de cada casa toman además alguno de los presentes (alimentos preparados, bebidas embotelladas, frutas y dulces) que han sido colocados sobre la mesita que hace las veces de altar y que está precedido por la fotografía del o los fallecidos que se honran en esa casa.

Es un día de intercambio generalizado de bienes equivalentes o estrictamente idénticos. Coincide con el momento en que los “Nortes” invaden la costa del Golfo iniciando la temporada de “mal tiempo”, la época de la pesca escasa y peligrosa en el mar, del frío que penetra las chozas de palma y carrizo o de lámina de cartón, del agua fina que cae durante días enteros pudriendo todo lentamente.

Durante el ritual profano del intercambio de visitas en el que se obsequian mutuamente alimentos y bebidas, se inicia —o culmina— de nuevo el ciclo anual en el momento en el que empieza el período más difícil del año.

A los vecinos y amigos que participan en este intercambio, la celebración les brinda la oportunidad de pactar la continuidad de la ayuda mutua con un ánimo amistoso. La fiesta del Día de Muertos entre los pescadores artesanales es así ocasión privilegiada para actualizar los principios sociales de ayuda mutua y la relación solidaria entre los vivos.

Desde la casa de cada uno y con la ayuda del recuerdo de los muertos queridos, la hospitalidad se renueva y el intercambio generalizado de obsequios revitaliza el tejido de relaciones sociales que permite a los pescadores vivir y reproducirse, sobrevivir pues, a su manera.